

EL PRACTICISMO¹ MAQUIAVÉLICO EN LA COMUNICACIÓN. SUPUESTOS Y CRÍTICAS PARA SUPERAR LA TENSIÓN TEORÍA- PRÁCTICA²

Pablo Antonio Múnera Uribe³ y David Alonso Castrillón Velásquez⁴

Resumen

La tensión teoría-práctica en los estudios de la comunicación es una inquietud permanente, y ha llegado a puntos disfuncionales. El objetivo de la investigación realizada está centrado en la posibilidad de develar los diversos supuestos que se instalan en ambos polos de la tensión. Para este artículo el acento está puesto en el polo de la práctica, específicamente en los practicistas, quienes pueden verse desde dos perspectivas: por un lado están quienes se alejan de la reflexión teórica, y por otro, quienes tienen una creencia en las ciencias exactas como modelo de acción. Se pretende, entonces, mostrar lo que los practicistas proponen y hacen en la actualidad y mostrar la carga ideológica que se esconde bajo sus supuestos de objetividad.

Palabras clave

Comunicación, práctica, teoría, pragmatismo, educación

Abstract

The tension theory - practice in the studies of the communication is a permanent question, and has come to disfunctional points. The purpose of the realized investigation is centred on the possibility of show diverse suppositions that they install in both poles of the tension. For this article the accent is put in the pole of the practice, specifically in the *practicistas*, who can turn from two perspectives: on the one hand there are those who move away from the theoretical reflection, and for other one, who have a belief in the exact sciences as model of action. It is tries, then, to show what the *practicistas* propose and do at present and to show the ideological load that it is hides under his suppositions of objectivity.

Key Words

Communication, practice, theory, pragmatism, education

1. Postulados básicos

Tomando como base los planteamientos de Luna (1993) para esta indagación, observamos que los programas de comunicación tienen una oferta para el campo en la que se marcan claramente dos tendencias: la primera, el intelectualismo, cuya característica se da por cierta falta de comprensión en quienes creen comprender hacia aquellos que no comprenden. La segunda –objeto de este artículo– es la de los programas y docentes llamados “profesionalizantes o prácticos” –es más respuesta que propuesta, y atiende básicamente a las demandas tendientes a garantizar el orden social existente– que han optado por reproducir los discursos instituidos, mimetizándose en ellos, en procura de borrar las tensiones, contradicciones y desencuentros entre el mundo académico o “ideal” y el mundo laboral o “real”, porque lo importante es dotar a los estudiantes de los saberes específicos y los recursos necesarios para enfrentar las demandas operativas de los empleadores, de tal manera que el egresado encuentre acomodo expedito en el “mundo real” de la profesión.

La base lógica y ética de esta propuesta se puede sintetizar en el siguiente silogismo: “lo eficaz es verdadero, lo verdadero es justo, por tanto, lo eficaz es justo”. Es el parámetro de justificación de cualquier práctica organizacional y la licencia para instrumentalizar todo, incluyendo al ser humano, a quien se sigue tomando como recurso, aunque se derroche barniz verbal para disimularlo. Dicho silogismo no es más, entonces, que la versión refinada de “el fin justifica los medios”, y al evadir el cuestionamiento de los medios, ignora la ética, pues una de las formas básicas en que ésta puede explicarse es en el cuestionamiento que hace a los medios utilizados para lograr los fines. Ahora, esta es la versión blanda y economicista de la práctica, sobre la que centraremos nuestra crítica. Pero es importante advertir que existe una versión más vasta, refinada y antropológicamente ampliada, que invoca a las ciencias humanas para su interpretación y encara la práctica desde el acto, y más específicamente en un tipo de acto que es el trabajo.

Es así como para Omar Aktouf (2001) –en una concepción un tanto economicista del ser humano–, si nos referimos a la única metateoría capaz de darnos un punto de partida que interfiere el aspecto no material del ser humano, la metafísica, nos daremos cuenta de que el problema de la esencia humana (si excluimos divinidades e inmanencias) ha tenido éxito para establecer una especie de consenso alrededor de la idea de que el único

lugar de significación del ser humano es su acto y el acto humano privilegiado⁵ es precisamente el trabajo. La vocación ontológica de éste debe entonces ser una evidencia y un a priori. Si algo quiere decir, se trata de esto: plantear el problema del ser del hombre, es decir, el del sujeto en el acto. Por consiguiente, ¿qué mejor que las ciencias humanas para cumplir este oficio?

Esta línea de razonamientos es complementada, basado en Habermas, por Luis Enrique Orozco (2008), para quien el trabajo, el lenguaje y la interacción son los canales básicos de relación del hombre con el mundo, pero al final terminan constituyendo un solo *todo*. Por ejemplo, los procesos de trabajo implican procesos de organización social y viceversa y se encuentran imbricados en el proceso de constitución de la cultura, entendida ésta como la manera propia del hombre de habitar y recrear el mundo. El trabajo es expresión de la relación del hombre con la naturaleza. Por naturaleza debemos entender el lugar de habitación del hombre. En tal sentido podemos decir que el hombre es un ser natural. El término designa en primer lugar la materia de trabajo; materia susceptible de ser trabajada y capaz de proporcionar al hombre los elementos primarios para la satisfacción de sus necesidades. En la naturaleza se cristaliza el trabajo humano. Naturaleza y mundo sensible se identifican. La naturaleza es el cuerpo inorgánico del hombre. El hombre vive de la naturaleza y mantiene con ella un proceso continuo de intercambio; el hombre es parte de la naturaleza. El hombre proyecta sobre la naturaleza su actividad consciente estableciendo con ella una interacción creadora (trabajo humano). De esta manera, el trabajo es un acto de engendramiento del hombre por sí mismo; es una actividad por la cual el hombre llega a ser propiamente lo que es en cuanto hombre, según su esencia. En cuanto actividad consciente, el hombre en el trabajo entra en una doble relación que debemos retener: con el objeto de trabajo y con los demás hombres; a través de esta doble relación el hombre se objetiva; es decir, no sólo produce sino que puede distanciarse del producto y del proceso. Su producción tiene o toma así un carácter universal. Sólo en la producción de un mundo objetivo, *exterior, material* el hombre se afirma en su género (como ser humano), como sujeto que *elabora* la naturaleza inorgánica con su inteligencia. En y por el trabajo se afirma el ser del hombre, se gesta o se constituye. No se trata por lo tanto del trabajo como proceso técnico de transformación, sino como un asunto antropológico y por tanto va más allá del ámbito de la práctica social en la cual los seres humanos producen y reproducen su existencia. Esta capacidad de situarse frente a su propio género y de

abordar el mundo natural como mediación no es o no debe ser otra cosa que expresión de sí como ser libre. Debemos señalar, igualmente, que el trabajo como objetivación del hombre en la naturaleza nos señala el carácter humano de la naturaleza. El hombre es natural y la naturaleza es humana.

Regresando a Aktouf (2001), entonces, el trabajo es, por definición, una constelación de actos humanos (actos de relaciones, sentimientos, palabras, creaciones, imaginación, pensamientos), es decir, de una red de creación de múltiples facetas del sujeto. Su papel último es el de establecer la armonía, como mediador entre los hombres y su ambiente. Pero el hombre es, ante todo, hombre, antes que hombre en el trabajo. Este último es, con certeza, sólo una modalidad particular, transitoria, provisional del ser en el acto.

2. Limitaciones y falacias de los practicistas

2.1 La limitación básica

Desde la perspectiva anterior, planteada por Luna (1993), las carreras de comunicación son más o menos teóricas o más o menos prácticas, según la proporción existente entre las materias con uno u otro énfasis o, si se quiere, en función del tiempo que los estudiantes pasan en el aula exponiéndose al discurso, por definición abstracto, del profesor, o en el laboratorio realizando actividades de producción, por definición concretas.

Asumida así la tensión, la articulación entre la teoría y la práctica se concibe en términos de la “aplicación” posible de una en la otra. Es decir, el sentido de la teoría se resuelve en su grado de aplicabilidad en la producción técnica, con lo que queda despojada de su naturaleza interpretativa y de su capacidad como recurso de intelección para convertirse en la exposición discursiva de un procedimiento cuya finalidad es la organización de un hacer técnico. En un segundo sentido, la tensión se disuelve en la dicotomía entre el ser y el deber ser, o entre la realidad que se asume como natural y los idealismos que se expresan en buenas intenciones pero carentes de viabilidad frente a la contundencia de los hechos, cuando la educación universitaria es, como todo proceso, en parte una mediación necesaria entre el ser y el deber ser. La aseveración cotidiana de que “en teoría las cosas deberían ser así, pero en la práctica son de otra manera”, enunciada como un llamado a la conciencia “realista”, manifiesta claramente este

significado y descalifica implícitamente la afirmación del deber ser sobre el ser en la educación.

Planteado así, se advierte que es un modelo que subordina la academia al medio laboral, convirtiendo la formación académica en una legitimación de las prácticas empresariales. Olvidan, sin embargo, que el lugar de la académica es el del deber ser, el del no lugar, que es lo que significa etimológicamente u-topía⁶, y cuya utilidad tan bien la describe Eduardo Galeano: “La utopía está en el horizonte. Me acerco dos pasos, ella se aleja dos pasos. Camino diez pasos y el horizonte se desplaza diez pasos más allá. Por mucho que camine, nunca la alcanzaré. Entonces, ¿para qué sirve la utopía? Para eso: sirve para caminar”.

Por eso se equivocan, sin embargo, quienes piensan que reducir la acción a un asunto meramente técnico es una forma de prescindir de las ideas, y que esa neutralidad axiológica es condición necesaria para el buen funcionamiento del sistema económico o político. No es cierto que este planteamiento este exento de una postura ideológica, como lo señala Fontrodona (2003): “Reducir la valoración de la realidad a su dimensión técnica o económica no es conservarla inmune de una influencia ideológica sino sumergirla en aquella ideología que reduce cualquier referencia normativa a la dimensión técnica o económica”. Esa es precisamente la postura ideológica de los practicistas, mal llamados pragmáticos, como vimos en la primera nota bibliográfica. El practicismo encierra debajo de su aparente neutralidad una profunda carga ideológica, y además no ha resultado ser tan eficiente como quería hacernos pensar.

Desde una perspectiva sociológica, Luna (1993) entiende por práctica el trabajo aplicado a la transformación de las condiciones naturales o sociales de existencia. Toda práctica descansa en la acción humana individual, grupal o institucional y se encuentra socialmente regulada, es decir, sometida a la mediación de factores que trascienden la voluntad y, frecuentemente, la conciencia de los actores. El carácter socialmente regulado –no autónomo– de la práctica tiene su correlato en su condición de instancia productora de la realidad social, en esa dialéctica entre lo instituido y lo instituyente o entre lo estructurado y estructurante que explica la permanencia y el cambio de la realidad. O, para usar una fórmula clásica, es a través de las prácticas como los hombres construyen su realidad pero siempre bajo condiciones determinadas.

Luna conecta, entonces, la noción de teoría con la del significado de la práctica, lo cual exige desarrollar un poco más este elemento. No hay acción social sin representación social o, lo que es lo mismo, toda práctica está revestida de un significado para el sujeto que la realiza y para aquellos otros con quienes este sujeto interactúa. En un sentido amplio el significado de toda práctica incluye: un componente teleológico (los fines que persigue la práctica) sustentado a su vez en un marco axiológico (los valores que dan sentido y justificación a esos fines); una racionalidad (la manera como se entiende la relación entre los valores, los fines y la actividad, que está revestida, a su vez, de una epistemología), y una interpretación sobre la relación de la práctica con otras prácticas en el marco de la vida social. El significado en sus componentes puede ser más o menos consciente, más o menos consistente y más o menos informado, pero nunca ausente de la práctica (Luna, 1993):

“En otros términos: la finalidad, la valoración, la racionalidad y la interpretación social no son elementos opcionales, accesorios o accidentales de la práctica sino constitutivos de ella y por lo tanto, elementos que participan en el modo como la práctica se realiza, en su orientación y sus consecuencias sociales”

Dicen los sociólogos contemporáneos que existe una sociología espontánea o laica y una sociología sistemática o de iniciados. La primera está configurada por el conjunto de concepciones que sobre lo social tiene el hombre común y corriente y que corresponden con el saber ordinario o de sentido común. La segunda es la que realizan los sociólogos y otros estudios de las ciencias humanas de manera sistemática y desde las exigencias propias de la ciencia. Ambas sirven para lo mismo: comprender el mundo social para orientarse en él. De la primera participamos todos sin mayores complicaciones, por el mero hecho de ser actores sociales. La segunda es el resultado de lo que hacen algunos iniciados, quienes se han echado a costas el compromiso de comprender o explicar la sociedad por la vía larga, pero más segura de la ciencia; lo que los obliga a entender la sociología que ejercemos los que no somos sociólogos por la sencilla razón de que la sociedad es el resultado de lo que, bien o mal, hacemos todos.

A partir de lo expuesto hasta ahora, el ejercicio profesional de la comunicación entendido como práctica se nos presenta como algo mucho más complejo que la producción de mensajes y las operaciones técnicas, creativas o administrativas

asociadas con la producción, en respuesta a las demandas del mercado. Es fundamentalmente un trabajo de transformación de una materia prima social que solemos llamar de múltiples maneras: significación, sentido, representación, información... trabajo mediante el cual nos relacionamos y participamos en nuestra constitución como sujetos y en la construcción de la realidad. Lo que solemos reconocer como “la práctica” no es desde esta perspectiva sino actividad, ciertamente compleja y que demanda destrezas y saberes específicos aplicados a materias y procedimientos igualmente específicos, pero siempre ubicada en el marco de una teoría que la desborda y de la que adquiere su sentido.

Como toda práctica, la de la comunicación tiene para el sujeto que la realiza un significado informado por la teoría, sea ésta la de los iniciados o la de los legos. En este sentido, no es posible decir con propiedad que existe o puede existir una práctica de la comunicación desvinculada de una teoría. Cualquier profesional de la comunicación, se haya formado como tal en una universidad o ejerza la profesión a partir de la propia experiencia, tiene un conjunto de representaciones de lo que hace, de por qué lo hace de esa manera y de qué consecuencias sociales tiene lo que hace; representaciones que informan su práctica y, por lo tanto, la orientan (Luna, 1993):

“El problema que debe plantearse es el de la propiedad de esas representaciones para los efectos de un control más consciente, organizado e informado de la práctica, o sea, para los efectos de la constitución de un significado en el que estén articuladas consistentemente las finalidades, la racionalidad, la interpretación social y la valoración de la práctica”.

2.2 Las “teorías” que admiten los practicistas

Por supuesto que los practicistas no van a querer ser señalados como alérgicos a las teorías, sino que predicen estar fundamentados en “otras teorías, igualmente válidas”, amparadas en un posmodernismo ecléctico subido de algunos docentes o comunidades “académicas” que se confunden y/o confunden a sus alumnos poniendo en el mismo plano discursivo los hechos las opiniones y los gustos, intereses, sentires, pasiones, etc., para promover la idea de que en ciencias, y más si son sociales y del hombre, “todo vale”, a lo que el doctor Luis Enrique Orozco (2008) bien llama “especie de indigencia intelectual”, que por demás no reconoce la relación inexorable entre conocimiento e interés, como se verá ulteriormente. En orden de niveles de aceptación, así como de

menor a mayor complejidad, los prácticos o practicistas aceptan básicamente tres tipos de “fundamentación teórica”.

2.2.1 “El que piensa pierde”

La primera es la más simplista y tiene tres variedades, pero el mismo fondo, y día a día proliferan más, incluso mezclando entre sí dos o las tres variedades, porque no siempre se presentan en el estado puro o separado que aquí las describiremos.

Una de tipo seudorreligioso, pues su narrativa es básicamente la misma de las religiones, pero se diferencian de estas últimas en su intención explícitamente maniquea y manipuladora, ya que si bien en las religiones puede haber de esto último, su discurso de ser humano perfectible le es consustancial. En esta variedad, se reduce la comunicación y la condición humana a modelos exotéricos, basados en precarios supuestos esotéricos⁷, propio de los libros de superación personal, entre los cuales Paulo Coelho es un gurú paradigmático, que prometen cambiar un aspecto específico de la condición humana, como la dificultad para escuchar, por ejemplo, o toda la personalidad, mediante la aplicación de una fórmula místico-mágica cuya narrativa básica, por más que difiera en las formas, es siempre la misma: una promesa de pasar de la comunidad de hombres viejos o malos a la comunidad de hombres nuevos o buenos, es decir, la promesa del ser humano perfectible que puede vivir “el Cielo en la tierra”, y a fe que a corto plazo logran “milagros”, que más temprano que tarde rompen el dique que represa esa restricción personal. Es la narrativa propia de las iglesias y religiones, pero que, repetimos sí les es propio tal tipo de discurso. Entonces reaparece el síntoma que se trató (la mala escucha por ejemplo) pero más acentuado aún. También puede lograr resultados a mediano y largo plazo, como sucede con la restricción de, por ejemplo, el instinto sexual y promesas himenolátricas, pero cuya energía pulsional se recarga sobre otro u otros instintos o pulsiones, por ejemplo, los relativos a la identidad y el poder, sobrecargándolos hasta llevarlos a niveles patológicos individuales o sociales.

El negocio de estos autores y muchos de quienes los siguen consiste en jugar con la angustia humana, gracias a un envite a ignorarla, esto es, a no pensar, vendiéndole necesarios consuelos al espíritu, cuyas pócimas deben ser digeridas cada vez más seguido para que la angustia no aceche, mientras ésta se represa al punto que convierte

la neurosis, existente en mayor o menor medida en todo ser humano por la naturaleza trágica, angustiante y agonística de nuestra condición como especie, en enfermedades psicóticas, como la esquizofrenia y el trastorno bipolar, que implican la pérdida de sentido de la realidad. Conociendo, ante esta crítica, la respuesta economicista y monetarista de muchos estudiantes y hasta docentes, para quienes el éxito se mide en términos financieros, y con ello defiende a los coelhos, les respondo con estos fragmentos de Héctor Abad (2003) en su ensayo corto *¿Por qué es tan malo Paulo Coelho?*:

¿Y por qué, siendo un escritor tan rudimentario en el uso del lenguaje, tan pobre en el pensamiento y tan elemental en sus recursos estilísticos, consigue tocar la sensibilidad de tanta gente? (...) Los libros de Coelho explotan hábilmente un universal humano: nuestra fascinación por los poderes de adivinación y conocimiento sobrenaturales. Ya Thomas Hobbes en su clásico *El Leviatán* (1651) señalaba la irresistible atracción (y por lo tanto el fácil engaño) que padecemos los seres humanos ante todo tipo de presagios. Es una tradición muy antigua (una socorridísima mina de oro, una piedra filosofal) explotar esta debilidad de nuestra psicología. (...) Pero además de lo temático, conviene señalar también algunas estrategias narrativas del autor brasileño. Sus técnicas para ir tejiendo la trama son tan elementales que me recordaron de inmediato el estudio clásico sobre las formas canónicas del cuento infantil. Vladimir Propp, uno de los padres de la narratología, publicó en Leningrado su monumental *Morfología del cuento infantil* (1928). El principal mérito de este gran trabajo consiste en haber hallado, por encima de los argumentos superficiales de cada cuento, una serie de elementos formales repetitivos. Mirados al microscopio, es posible descubrir que en todos los cuentos de hadas los personajes, por distintos que sean, acometen siempre las mismas acciones, se ven envueltos en situaciones o "motivos" análogos. Como señala Propp, "cambian los nombres de los personajes, pero no sus acciones o funciones, por lo que se puede concluir que el cuento le atribuye operaciones idénticas a personajes distintos". (...) No voy a decir que Coelho leyó a Propp, ni estudió cuáles son las "funciones" más elementales del relato tradicional descubiertas por el ruso, y con esta receta se dedicó a escribir el oro en polvo de sus novelas. Eso sería muy sofisticado. La cosa es más simple: Coelho usa, intuitivamente y con alguna destreza, las estructuras más primitivas del cuento infantil.

Otra variedad de este tipo de teorías es la que viene en fábulas o conceptos novelados. Entre las primeras hay unas famosas y recurrentes en los programas de comunicación como *¿Quién se ha llevado mi queso?*, *Un pavo real en el reino de los pingüinos*, *Érase una vez una fábrica*, entre muchos otros. La narrativa es similar a la que se utiliza para

difundir las “teorías” de la variedad anterior, sólo que esta vez la estrategia es más visible y cínica: ¿a quién y en dónde se enseña con fábulas? A los niños en los preescolares. Es éste, pues, un intento de infantilización que en la universidad, reservada para jóvenes y adultos, debería ser rechazada de plano. Podría argüirse que es una buena estrategia pedagógica, invocando fábulas como *Rebelión en la granja* de George Orwell (1945), un socialista antiutópico, que lúcidamente fabula su crítica al estalinismo, pero estos son más bien casos excepcionales que se pueden contar en los dedos de las manos. Algo similar que con los libros señalados al principio del párrafo sucede con los conceptos novelados en libros como *La meta* (Goldratt y Cox, 1987), *El síndrome del pajar* (Goldratt, 1994) y *Administración en una página* (Khadem y Lober, 1988), o las mismas de Paulo Coelho, Anthony de Mello, entre otras novelas y autores. ¿será necesario novelar conceptos con una moraleja lógicamente tan básica como la teoría de restricciones o los indicadores de gestión numéricos que es lo que se hace en las citadas obras? ¿Cuántas horas de lectura más enriquecedora no se pierde en este tipo de libros, cuya esencia bien puede ofrecerse en un 5 o 10% máximo de la extensión de esos libros? Como novelas parecen ser tan malas que ni la televisión de enlatados las ha considerado para producirlas.

La tercera variedad son los libros de recetas o prescripciones, ya no presentados como novelas, sino con fundamentos pseudocientíficos, de cuya evidencia empírica dan cuenta personas que hacen parte del “negocio”. Esta variedad de “teorías” se apoya en libros y autores como *Gerente al minuto* (Blanchard, 1982), *Los siete hábitos espirituales de la gente altamente efectiva* (Covey, 1990), *La quinta disciplina* (Senge, 1994) y hasta *En búsqueda de la excelencia* (Peters y Waterman, 1982), considerado el libro más vendido en la historia de la administración. Este último autor, en una ambigua mezcla de sinceridad y cinismo, pero en cualquier caso de conocimiento de sus lectores, se da el lujo de burlarse de los mismos en prestigiosos medios como la Revista Fortune (Citado por Jackson, 2003: 27): “Somos la única sociedad del mundo que cree que puede mejorar indefinidamente. Por eso se deja embaucar constantemente por personas como Ben Franklin, Emerson, Drucker y yo mismo”. A este tipo de conceptualización el maestro Stafford Beer (1998), quien fuera Presidente de la Organización Mundial de Cibernética y Sistemas, denominó la administración pop, pero que podría extrapolarse a la comunicación –en cuyos programas se leen muchos de estos libros– para referirse a ciertos *bes-sellers* y “gurús” de estas áreas:

Hemos tenido el arte pop y hemos tenido la música pop. Ahora parece que ha llegado la era de la administración pop. Ciertos editores, antes muy respetables, no vacilan en publicar *best-sellers* cuyos recursos para atraer a los lectores se considerarían pornográficos en otros géneros. Estos libros producen sensaciones placenteras y parecen fascinar a los administradores. Pero mientras que el arte pop y la música pop tienen algo que aportar por derecho propio, en tanto no son meras simplificaciones de las obras clásicas, la administración pop es peligrosamente engañosa debido a que se propone hacer que una tarea difícil parezca fácil. Están los libros que tratan sobre *tendencias*, dando una versión simplificada del futuro. Luego están los textos que ofrecen los secretos de la *excelencia*, o sea, la administración por medio de *slogans*. Un ejemplo particularmente desagradable de este tipo de libros es uno en donde se sostiene que mediante el manejo de objetivos, alabanzas y acusaciones, transmitidas a los “subordinados” en estallidos aislados de *un minuto* de duración, es posible lograrlo todo. Esto significa administrar a través del condicionamiento operante, y los comentarios que figuran en el libro sobre los aspectos éticos de la cuestión resultarían oprobiosos para cualquier grupo de debate de un colegio secundario. Es sin duda alarmante que tengamos una generación de administradores dispuestos a aceptar todo esto: esta mezcla de necedad, fantasía y efecto tranquilizador.

Esto último sucede en pregrado pero también en posgrados. Y cuando no es así, el péndulo se mueve y detiene en el lado contrario, llegando a unos niveles de abstracción que para una sociedad con una educación general precaria, lo único que hace es crear unas élites inasibles con aspiraciones a Olimpo, que viven tan llenas de sus propias ideas que no les cabe una más, como se vio en el primer capítulo.

2.2.2 La sociedad del mutuo elogio, la confusión del ser con el hacer, y el estudio de casos tipo Harvard

El segundo tipo también tiene dos variedades que consisten en sistematizar las “mejores prácticas” comunicativas, de manera descriptiva, y presentarlas como teorías o casos, al talante en que lo hace la administración. La primera variedad es cuando las categorizaciones sobre el hacer se presentan como teorías o definiciones de las disciplinas, por ejemplo, para continuar con la analogía con la administración, su acepción más común en los libros de la materia es la de McKensey, derivada del proceso fayoliano⁸, y dice, palabras más palabras menos: “la administración es el proceso de planeación, organización, dirección y control de las organizaciones”. Pues bien, esto es una categorización –entre otras muchas posibles– de lo que hace un

administrador; pero no es la administración, ni tan siquiera lo que *es* un administrador. La definición de una persona no se agota en lo que ésta hace, también hay que considerar lo que piensa, siente, dice, tiene, etc. Así entonces, un comunicador tampoco es quien transmite una información de un emisor a un receptor y espera la retroalimentación de este último. Esto es una manera de sistematizar el proceso de comunicación, no lo que es la comunicación ni tampoco un comunicador.

La segunda variedad es el método de casos estilo Método Harvard de estudio de casos, que según M.P. Nair (1954) desde 1871 se utilizaba en la Escuela de Derecho de la Universidad de Harvard, y que en 1908 fue copiado por la Escuela de Negocios de la misma Universidad. Siguiendo con Aktouf (2000: 74) a Chris Argyris, el aprendizaje debe definirse como la detección y corrección del error. El aprendizaje que resulta de la detección y corrección del error, sin cambios en las políticas subyacentes, supuestos y metas, debe llamarse “en bucle simple”. El aprendizaje “en bucle doble” ocurre cuando la detección y corrección del error conlleva cambio en las políticas subyacentes, supuestos y metas. El método de casos enfatiza, sin proponérselo, fuerzas individuales y organizacionales contra el aprendizaje en bucle doble. Si esto es así, existe entonces una contradicción o paradoja, ya que un método de instrucción diseñado para realzar el aprendizaje individual y, a través de éste, el aprendizaje organizacional en bucle doble, finalmente los inhibe a ambos... El método de casos (tipo Harvard Business School) no es en el fondo sino una práctica del *status quo*, que invita a renovar eternamente lo “ya visto”, sin preocuparse ni por una teorización válida, ni por la unidad conceptual, ni por el desarrollo del espíritu crítico. Según el mismo Aktouf (2000), para O. Freidrich: (1981: 34):

“El método de casos lleva al estudiante a pensar como un alto ejecutivo... Si Harvard es el templo del método de casos... el método de estudio de casos es solamente una ‘maquinación’ que aparenta realidad, es como un juego electrónico de hockey que nunca podrá producir verdaderos jugadores de hockey. (p. 34)

Nos unimos, entonces, a las críticas de Aktouf (2000: 74-77) al método de casos del tipo Harvard y que presenta en forma de los “pecados capitales”, algunos de los cuales citamos aquí:

- El caso procede de un funcionalismo estrecho (lo que justifica la crítica en lo referente a la inhibición del “aprendizaje en bucle doble” de C. Argyris), pues solamente “condiciona” para descubrir rápidamente las “disfunciones” en una situación dada, y para la aplicación de normas y de principios destinados a eliminar o a minimizar estas “disfunciones”.
- El caso es “jurisprudencial”, y no somos los primeros en decirlo. Originando en el derecho anglo-sajón (que, recordémoslo, es esencialmente jurisprudencial), no puede dejar suscitar, incluso indirectamente, la costumbre de la referencia al caso precedente. Por eso mismo es “partidario del pasado”, más aún, partidario de la reproducción de “quienes deben dar soluciones” de generación en generación.
- El caso es, por vocación, anti-intelectual en su procedimiento y en los mecanismos que desarrolla. Es sesgado por el fuerte contenido ideológico que comporta y reductor de los conceptos: los que en él se desarrollan sólo se corresponden con los elementos de la situación particular de la que se trata. Además, a fuerza de llevar al practicismo estos conceptos se transforman en un conjunto de formulaciones obvias, que tienen la ventaja de la simplicidad y del éxito rápido frente a cualquier auditorio.
- El caso, al privilegiar lo “empírico”, desarrolla una aversión por los debates de orden más intelectual, filosófico, epistemológico o científico. Éstos son, incluso, explícitamente excluidos considerándolos molestos, inútiles y hasta perjudiciales.
- El caso es un movilizador de “certezas” tanto más peligrosas cuanto que son presentadas como eficaces al haber resuelto el problema presentado. Estas certezas son igualmente reforzadas por la “magia de lo concreto”, de los “hechos” y los contextos “reales”. El caso “reviste” de verosimilitud y “fuerza” nociones a menudo simplistas e intelectualmente poco operacionales.
- El caso se presenta como un “drama” cuyo desenlace se encontrará (teóricamente) gracias a la discusión en clase. Pero, en realidad, el desenlace está “dado” de antemano en los hechos supuestos contenidos en el “relato” y en quienes proponen soluciones (presupuestos ideológicos de todas clases, indicaciones sutiles de lo que es disfuncional o debe ser considerado como tal... El caso no es un “relato neutro” de un “hecho neutro”). Además, a menudo no es más que un intercambio de nociones banales, de sentimientos, de opiniones, que, amalgamados posteriormente, se erigen como “solución” y base de “teorización”, en la que todo tipo de elementos empíricos, casi siempre triviales, se promueven al rango de conceptos.

Para superar estas y otras limitantes, el mismo Aktouf (2001) se pregunta y responde: ¿Cuál es, entonces, el método que, al tener en cuenta al observador, rehabilitará al hombre como sujeto, como actor activo de su devenir y en el conocimiento sobre sí, y a su trabajo como el hecho social integrador del ser, la experiencia y el ambiente en una misma unidad de perspectiva, compleja, es verdad, pero aprehendiendo esta realidad en lo que ella es: sintética y dialéctica? La etnología⁹ y su integración del campo, y una interdisciplinariedad de base, nos parece que responden a esta exigencia. Pues, en fin, la organización económica es, ante todo, un lugar de socialización inserto en una socialización más amplia. Este lugar no es más que la expresión del sistema de producción al lado y por encima del cual se enganchan los sistemas de relaciones y representaciones. Así, entonces, la combinación del modelo cualitativo clásico para describir, y el modelo humanista para comprender, no nos parece, de ninguna manera, algo que se deba despreciar.

En contraprestación, y dentro de un círculo vicioso pero de mutuo elogio, comunicadores y administradores se han dedicado a ponderar las virtudes de dichas modalidades de “teorización” –o sea, sus propias virtudes– para reafirmarse políticamente; para legitimarse. Dichas “teorías” no son entonces más que la simple legitimación de las prácticas comunicacionales y organizacionales existente y del *status quo* de quienes las profesan y practican. No obstante lo hegemónico de estos discursos, las evidencias en sentido contrario a su eficacia son incuestionables: aumentan las quiebras, la pobreza, la corrupción, la desigualdad social, la inseguridad, el deterioro ambiental... El modelo se vuelve contra sí. Su irracionalidad interna engendra enemigos externos que atentan contra su permanencia. No hay tal eficacia. Al ponerse al servicio de una minoría sin considerar el precio social de ello, el sistema de mercado especulativo y monetarista, se torna insuficiente como eje del desarrollo social. Los efectos perversos que genera no son pocos. De nuevo, como en el primer tipo de “teorías”, uno se me hace particularmente llamativo: el crecimiento exponencial de la pérdida de sentido en el trabajo por parte de los empleados, quienes cada vez comprenden menos la relación entre el trabajo y la vida, cayendo de la angustia (2. f. Temor opresivo sin causa precisa) que es la fuente de la neurosis, a la psicosis¹⁰, resultante de su exceso y que deriva en una negación de la realidad.

Por lo señalado en este aparte, volvemos a Luna (1993) para decir que más allá de que puedan existir situaciones educativas para el desarrollo de las destrezas sin más, aprender a producir mensajes y todo lo que ello requiere implica la pregunta por la racionalidad y por la manera cómo ésta está teóricamente informada. Volvemos a lo mismo: no hay actividad de producción sin teoría de la producción, sin teoría de la comunicación y sin teoría social. El problema radica en que esta teoría en muchos casos asume en nuestras carreras la pobre forma de receta apoyada en esquematizaciones igualmente pobres del proceso de la comunicación, sin referencia orgánica a teorías generales y de mayor nivel de abstracción. Metodológicamente el reto consiste –nuevamente– en reconocer la producción como parte de la práctica comunicacional y en explicitar y discutir los supuestos teóricos que la informan.

2.2.3 El delirio¹¹ naturalista y las imposturas intelectuales

El tercer tipo, el abanderado de la “ciencia dura”, es aquél que quiere explícita o implícitamente la naturalización de las ciencias sociales en búsqueda de un estatus epistemológico superior, precisamente porque sus defensores no se han liberado del complejo positivista y empirista de la ciencia moderna, y en la búsqueda de esa naturalización han terminado desnaturalizando las ciencias o áreas de estudios sociales. Aquí se ubican aquellos que tiene a la física como único paradigma de la ciencia y a las matemáticas, su lenguaje, como único discurso plausible, de ahí que intenten expresar todos los comportamientos humanos en términos de cifras o de lógica (soslayando otras racionalidades tan importantes como la estética y la ética) y que vía deducción quieran explicar las ciencias sociales desde la física, siguiendo este proceso de reducción: ciencias sociales-ciencias de la mente-biología-química-física; porque la sociedad no puede ser estudiada sin estudiar la persona y su psiquismo, y éste no puede conocerse sin el estudio de la vida, que requiere de la química y esta última de los procesos físicos.

De ahí que quienes así piensan y actúan, siguen creyendo que el fundamento de la comunicación humana es la Teoría Matemática de la Información, modelo que, para máquinas, desarrollaron Claude Shannon y Warren Weaver, y que su lógica y suficiente evolución han sido la Cibernética (que se ocupa básicamente de la teoría de los sistemas cerrados) y su “significativo” salto, pero con los mismo supuestos y la ayuda de la biología, a la Teoría General de Sistemas (que incluye también los sistema abiertos). Así pues, la comunicación y otras ciencias y disciplinas sociales y humanas en vez de

procurarse una epistemología consulta con su esencia, buscaron y siguen buscando su estatus epistemológico dentro de los dogmas de la ciencia clásica, encontrando a mediados del siglo XX en la Teoría General de Sistemas y en la Cibernética el trampolín adecuado para ganar confianza científica. No obstante, las limitaciones para dar cuenta de lo complejo de este amplio propósito fueron señaladas por uno de sus principales seguidores, el economista estadounidense Kenneth Boulding (1956), para el que la ciencia también es una jerarquía de sistemas. Hay un enorme vacío entre la noción de sistema abierto y la complejidad del ser humano. De aquí se infiere que la investigación de corte hermenéutico, e ínter y transdisciplinaria sí puede contribuir –y en efecto lo ha hecho– al avance en la comprensión de la comunicación, las personas y la sociedad.

Hay que aceptar entonces que cuando ese mundo no está de acuerdo con nuestro sistema lógico, éste es insuficiente, porque no se encuentra más que con una parte de lo real. La racionalidad, de algún modo, no tiene jamás la pretensión de englobar la totalidad de lo real dentro de un sistema lógico, pero tiene la voluntad de dialogar con aquello que lo resiste. Empero, ya lo decía Shakespeare (Morin, 2004): “Hay más cosas en el mundo que en toda nuestra filosofía”. Más claro todavía: un pensamiento reduccionista sólo puede conducir a acciones igualmente mutilantes. En ninguno de los casos hay correspondencia con la sustancia de lo abordado: ni las personas son solo máquinas –aunque también lo sean-; ni la comunicación se puede poner al servicio de una lógica de la aniquilación que atenta contra su bella misión de hacer común.

Cuando se insiste en el delirio naturalista, se termina cayendo en lo que Alan Sockal y Jean Bricmont (1998) llamaron “imposturas Intelectuales”, nombre bajo el cual escribieron un libro, a partir del *affair Sockal*, para demostrar que no son pocos los prestigiosos “científicos sociales”, que en búsqueda de un mayor estatus en la comunidad científica echan mano de conceptos naturales y los extrapolan descontextualizados y sin el conocimiento físico suficiente para no desfigurarlos. El *affair Sockal* viene de un ensayo que escribió el reconocido físico Alan Sockal para la prestigiosa revista *Social Text*, sobre ciencias sociales. Luego de ser bien comentado por la crítica especializada de las áreas humanas, el propio Sockal envía a la revista el texto suyo corregido, señalando la cantidad de imprecisiones en las que, a propósito, había incurrido para demostrar las deficiencias epistemológicas y conceptuales a las que

puede llevar la pretensión naturalista a la que tienden muchos y reconocidos “científicos sociales”.

La reacción por lo que consideraron una burla de muy mal gusto fue enérgica en la comunidad de críticos sociales, y las críticas y refutaciones no se hicieron esperar, como tampoco la riposta de Sockal, que junto con su colega Jean Bricmont, terminaron ampliando su crítica en el libro *Las imposturas intelectuales*, y ya citando y deconstruyendo texto de autores especificados y famosos como Jean Baudrillard, Felix Guattari, Gilles Deleuze, Julia Kristeva, Jacques Lacan, entre otros, a los que, a juicio de muchos dejaron muy mal parados por ser más papistas –léase naturalistas o fisicalistas– que el Papa, pues para hacer gala de rigurosos y presumir de un estatus superior entre sus colegas extrapolaban a los estudios sociales términos de la física y las ciencias naturales, sin dar cuenta de una previa y adecuada apropiación de los mismos en las ciencias naturales, como por ejemplo el muy utilizado concepto de entropía –segundo principio de la Termodinámica–, en la Teoría General de Sistemas. La herida en los “científicos sociales” y el círculo de críticas mutuas se abrió aún más hasta que Bricmont y Regis Debray (2004) se fueron al ring con otro libro titulado *A la sombra de la ilustración: debate entre un filósofo y un científico*, el cual parece más un diálogo de sordos por el constante movimiento del objeto de discusión que uno y otro hacían, pero en especial Debray, hasta el punto que éste invita al final a Sockal a un apretón de manos, al que el último se niega. Y el debate sigue abierto... y lo recomendamos a nuestros colegas comunicadores, pues luego de la lectura de los citados textos, Sockal y Bricmont parecen ir ganando la partida. No obstante, es nada menos que el eminente físico Albert Einstein (1997), quien discutiendo sobre la física teórica, pretende, mucho antes de este debate, matizarlo, y parece tener la clave para terminar por lo menos en tablas:

“La tarea principal del físico, es abocarse a encontrar, mediante la pura deducción, esas leyes elementales, lo más generales posible, con que configura su imagen del mundo. No hay camino lógico que lleva a estas leyes fundamentales. Debemos dejarnos conducir por la intuición, que se basa en una sensación de la experiencia. Podría pensarse, a causa de esta inseguridad del método, que hay muchos sistemas posiblemente arbitrarios en la física teórica: es una opinión que se justifica plenamente. Pero la experiencia demuestra que de todas las construcciones pensables hay una única superior y digna de de atención. Nadie que haya profundizado de veras en esto podrá

negar que el sistema teórico ha sido prácticamente determinado por el mundo de las suposiciones, pese a que no existe camino lógico que conduzca desde éstas hasta las leyes fundamentales. Esto es lo que Leibniz denomino con la feliz expresión de ‘armonía preestablecida’. No tenerlo suficientemente en cuenta es el grave reproche que los físicos hacen a algunos teóricos del conocimiento” (P. 131).

Abordar estos temas es indispensable si se tiene en cuenta que la tendencia instrumental en comunicación se siembra y cultiva en el pregrado y se remarca en las especializaciones. Por tanto, toda tentativa de filosofar sobre la comunicación, bien sea desde la epistemología, desde la ontología o desde la axiología, es considerado, hasta por algunos docentes, incluso, y muy a nuestro pesar, como innecesaria y hasta disfuncional, por cederle espacio a la subjetividad y la intuición, perspectiva racionalista que no es otra cosas que una racionalidad recortada, basada en la lógica clásica. Por ello, aclaramos con Saramago (2001), no obstante, que:

Pensar no es lo mismo en todos los casos...La diferencia está entre un pensamiento activo que excava pozos y galerías a partir y alrededor de un hecho, y esa otra forma de pensamiento, si merece tal nombre, inerte, enajenado, que cuando mira no se detiene y sigue, apostado en la creencia de que lo que no es mencionado no existe, como el enfermo que se considera saludable porque aún no ha sido pronunciado el nombre de su enfermedad. Se engaña, sin embargo, quien imagine que estos sistemas defensivos duran siempre, ahí viene ya el momento en que la vaguedad del pensar se transforma en idea fija, en general basta que duela un poco más (P. 78).

2.3 El practicismo desde la Teoría Crítica

Por lo planteado anteriormente en este apartado, y por el rol ineludible, entre otros, que tiene la universidad de formar para la libertad y para la dignidad humana, no debemos conformarnos con simplificar la formación en comunicación en una dicotomía entre prácticos y teóricos. Es necesario volver sobre los cimientos y el rol del conocimiento mismo, y del que se imparte en la universidad en general, así como de las universidades en particular. Para ello le seguiremos las huellas al profesor Luis Enrique Orozco en su ensayo *Los intereses ético-políticos en la investigación* (2008), quien a su vez se soporta en buena parte en Habermas, y más específicamente en sus textos *Conocimiento e interés* (1991) y en *Ciencia y técnica como ideología* (1986).

Entre los principios básicos de la racionalidad crítica, y desde la perspectiva de una hermenéutica entendida como teoría crítica, Jürgen Habermas se ha preocupado de manera específica por el problema de las ciencias sociales y en torno a dicha preocupación ha desarrollado buena parte de su pensamiento. En la literatura sobre el tema se le reconoce como el par contrario a las posiciones del Racionalismo Crítico de Karl Popper. Su pensamiento puede darnos, por lo tanto, elementos de juicio para la comprensión del problema del método de las ciencias sociales.

Entre las tesis centrales de su pensamiento sobre la lógica de las ciencias sociales vale destacar que el punto de partida de la reflexión no es el método sino un diagnóstico crítico de la sociedad actual, diagnóstico en el cual la razón en cuanto facultad de dominio técnico (razón instrumental) predomina; en dicho predominio la ciencia tiene una gran responsabilidad. La racionalidad científica se ha vuelto criterio de validez para un *hombre unidimensional* (Marcuse, 1999). No se trata, pues de dilucidar el problema del método sin la historia material en la que los problemas reales han suscitado la reflexión metodológica. En tal sentido, la reflexión sobre la ciencia debe vincularse o inscribirse en el marco de una teoría de la sociedad y no desde el marco de una teoría del conocimiento general o gnoseología, y menos aun, únicamente en el del conocimiento científico o epistemología. Pero la teoría crítica debe entenderse como una crítica de la sociedad que permita mirar la práctica de la ciencia, sin desvincular en ello la lógica de la construcción de teorías de las cuestiones de hecho (valores, ideologías, etc.). Una posición crítica restaura el vínculo entre ciencia y filosofía, acepta esta vinculación y rescata el valor de la reflexión sobre los intereses propios del saber científico en la discusión sobre el método, y, sin negar los conocimientos y la epistemología de los estudios específicos, para no dejar diluir del todo la comunicación en la interdisciplina, la sociología o la psicología social.

Hecha, páginas atrás, la necesaria relación entre lo sustantivo de la acción y su despliegue en el trabajo, regresamos a Habermas (1991) para tomar una posición afirmando la relación entre conocimiento e interés. En este contexto se afirmará cómo aún la razón humana es interesada y a partir de esa triple dialéctica: trabajo, lenguaje, interacción, Habermas propone una génesis de las ciencias que permite asumir su significación histórica y cultural. Así podemos decir que el desarrollo de la ciencia está vinculado con el proceso emancipatorio de la especie humana. La ciencia surge como

posibilidad de acrecentar este deseo del hombre de afinar y sistematizar los instrumentos de trabajo (dominio técnico), la relación simbólica (dominio práctico) y la comprensión del *otro como otro* (dominio social); pero todos van encaminados al interés emancipatorio de la especie y del individuo, a la vez que a la búsqueda de la verdad, aunque siempre parcial, sin restricciones.

Manteniendo esta línea de razonamiento, en la estructura de la ciencia debemos reconocer no sólo los problemas lógico-objetivos de la actividad científica, que denominamos teóricos, sino aquellos que podemos denominar ético-políticos. Desde esta última perspectiva, a partir del criterio del interés que anima a cada sector del saber podemos relacionar los procesos de constitución de la especie con los tipos de ciencia así: Ciencias empírico-analíticas: (física, química biología); hermenéuticas: (lingüística, historia) y crítico-sociales (psicoanálisis, sociología, economía, política). A las primeras, les corresponde un interés técnico; a las segundas, un interés práctico y a las últimas un interés emancipatorio. El conjunto de estos intereses nos permite pensar la relación de la actividad científica con el poder, poder que se expresa en los intereses materiales que en la vida social condicionan la práctica científica y determinan su vigencia.

Por lo anterior, aun con las críticas que amerita *La teoría crítica de la sociedad de Habermas* (Ureña, 2008), hay lecturas en los que cada día a él y a sus predecesores en esa línea, hay que concederles cada vez más la razón y no ceder ante la mofa de anacronismo que el capital hace mientras reproduce y actualiza de diversas formas la relación de unos y otros con los medios de producción –su propia combinación de las formas de lucha–. En efecto, hoy es casi incuestionable tanto el lugar de privilegio que tiene el sistema económico en la mayoría de las sociedades actuales, como el que las multinacionales –directamente o a través de su influencia en los organismos multilaterales como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y la Organización Mundial del Comercio, entre otros– sean el eje de ese engranaje económico y hagan uso y abuso de ese sitio para dictar medidas globales, muchas de ellas con alcances explícitamente supraeconómicos, pues bajo el pretexto de la “conveniencia económica de los países”, dichas medidas resultan definitivas en las elecciones presidenciales y en las reestructuraciones políticas de casi todas las naciones del globo, incluyendo las educativas, y eso para citar lo obvio y no entrar en detalles

micropolíticos menos visibles, pero igualmente importantes y de similar alcance, como las formas de administración y gobierno de todo tipo de organizaciones. Piénsese, por ejemplo, en los mecanismos mundiales de normalización de las organizaciones, como las Normas ISO, los sistemas de aseguramiento de calidad de la educación, entre otros, y más allá de los pros y los contras que puedan tener, son a la vez, en mayor o menor medida según el caso, herramienta de gobierno y dispositivos de control y dominación de tecnología blanda (Múnera, 2007). Se asiste, en consecuencia, ya no solo a la economización de la sociedad y de las organizaciones sino también, y en una dimensión más reducida aún, a la empresarización especulativa de todas las esferas de la vida humana y social, incluyendo, lastimosamente, a las universidades, en especial las privadas. No en vano, se publican libros y hasta se ofrecen cursos, que bajo diferentes denominaciones prometen sin el menor escrúpulo hasta “gerenciar la propia vida”, a lo que cabría preguntarle: ¿Y si gerenciando su propia vida, uno se encuentra que no es rentable, qué haría o debería hacer? Un ejemplo cercano es el de una prestigiosa universidad colombiana, que en su Maestría en Dirección de Empresas-MBA, ofrece cuatro cursos de “Proyecto de vida y Familia”, numeradas secuencialmente de uno a cuatro. ¿Se pueden imaginar la bibliografía y la orientación hacia una gestión totalitaria de todas las esferas de la vida? Algo similar a lo que sucede con el muy actual y vendido *coaching*, en sus diferentes versiones y apellidos, especialmente el ontológico (López, 2008).

En conclusión, la hermenéutica crítica nos invita a develar las ideas, ideales e ideologías de hombre, organización, universidad, país y sociedad que se esconden tras los supuestos gnoseológicos, epistemológicos, y hasta ontológicos de la acción, en este caso educativa, pues detrás de cada programa académico siempre hay una idea de hombre, de sociedad y de profesión, sea explícita o no, consciente o no. Desde esta perspectiva, no importa tanto, por ejemplo, qué tan riguroso fue Taylor en sus observaciones, sino más bien entender, además de sus significativos aportes a la administración, la objetivación mecánica a la que sometió al hombre y la escisión que hizo de la naturaleza humana en el trabajo al separar pensamiento y acción, cerebro y mano. Aquí seguimos a Aktouf (2001, p. 29) cuando plantea que este “es todo un programa, vasto y ambicioso, pero la convergencia y la importancia actual de las críticas tanto internas como externas lo hacen urgente. ¿Qué podríamos agregar si no que, como lo recuerda el eminente biólogo

A. Jacquard (1983), el hombre es un animal programado para comprender y no para aprender?”.

Referencias

Abad Faciolince, Héctor. Por qué es tan malo Paulo Coelho. [en línea] Disponible en <http://www.elmalpensante.com>. N° 50. Noviembre - diciembre de 2003. Recuperado: 26 de febrero de 2007

Aktouf, Omar. (2000). Administración y Pedagogía. Medellín. Fondo Editorial Universidad EAFIT.

Aktouf, Omar. (2001). La metodología de las ciencias sociales y el enfoque cualitativo en las organizaciones. Cali. Universidad del Valle.

Aktouf, Omar. (2001). La Administración: entre tradición y renovación. Cali. Artes Gráficas del Valle.

Beer, Stafford. (1998). Prólogo a la 5ª edición del libro Identidad de las organizaciones: invariancia y cambio de Jorge Etkin y Leonardo Schvarstein. Buenos Aires. Paidós.

Boulding, Kenneth. (1956). General System Theory. The skeleton of sciences. Boston. En: Revista Management Sciences Vol. 2. No. 3.

Bricmont, Jean, y Debray, Régis. (2004). A la sombra de la Ilustración: debate entre un filósofo y un científico.. Barcelona. Paidós.

Einstein, Albert. (1997). Mi visión del mundo. Barcelona. Tusquets Editores.

Fontrodona, Joan. Ser de verdad pragmáticos. [en línea] Disponible en www.unav.es/gep. Navarra, 2003. Recuperado: 15 de agosto de 2005.

Habermas, Jürgen. (1991). Conocimiento e interés. Madrid. Aguilar Ediciones.

Jackson, Brad. (2003). Gurús anglosajones: verdades y mentiras. Barcelona. Ariel.

López, Francisco. (2008). El coaching ontológico: o una arremetida de gestión totalitaria. En: Gestión Crítica alternativa. Libro memorias del tercer seminario de Nuevo Pensamiento Administrativo. Cali. Editor: Rafael Carvajal Baeza. Universidad del Valle.

Luna, Carlos. (1993). La tensión teoría-práctica en la enseñanza de la comunicación. En: Revista Diálogos de la comunicación de FELAFACS. No. 35. Versión digitalizada.

Marcuse, Herbert. (1999). El hombre Unidimensional. Barcelona. Ariel.

Morin, Edgar. (2004). Introducción al pensamiento complejo. México. Editorial Gedisa.

Múnera, Pablo. (2007). La idea de organización. Una concepción amplia para una acción efectiva. Medellín, Comunicación S.A.

Orozco, Luis Enrique. 2008. Los intereses ético-políticos en la investigación. En:

Gestión Crítica alternativa. Libro memorias del tercer seminario de Nuevo Pensamiento Administrativo. Cali. Editor: Rafael Carvajal Baeza. Universidad del Valle.

Saramago, José. (2001). Historia del cerco de Lisboa. Bogotá. Casa Editorial El Tiempo.

Sokal, Alan, y Bricmont, Jean. (1998). Imposturas Intelectuales. Barcelona. Paidós.

Ureña, Enrique. (1998). La teoría crítica de la sociedad de Habermas. Madrid. Tecnos.

¹ Aunque practicismo no es una palabra castiza, la utilizamos para diferenciarla de pragmatismo, pues cuando el mismo Peirce, padre de esta corriente filosófica, advirtió que sus mismos amigos y discípulos estaban desfigurando los fundamentos del pragmatismo, se quiso inventar la palabra pragmaticismo o practicalismo, que fuera lo suficientemente fea para que nadie la copiara y poder distanciarse de lo que luego quisieron hacer conocer como pragmatismo. Sin embargo, en el cuadro al final del texto se verá la diferencia entre lo que implica, según mi interpretación, y más allá de Peirce, pero partiendo de él, ser pragmático y lo que es ser un practicista, que llamo así a aquellos que, desconociendo el pensamiento de Peirce, se dicen pragmáticos, aunque sea básicamente lo opuesto a la propuesta peirciana. El pragmatismo peirciano se aleja de la acción como fin en sí mismo para situarse en la interpretación-significación que da sentido a la acción. Este es el sentido del término pragmatisch (pragmatismo) que Peirce toma de Kant como distinto de praktisch (practicismo o practicalismo)". No se trata de una simple respuesta conductual, sino de la relación del hombre en el mundo. Solo en esta perspectiva, el Pragmatismo peirciano puede entenderse en toda su potencia y posibilidad. (C.P. –Collect Papers– 5.249: "What Pragmatism is", 1905).

² El siguiente artículo es producto de la investigación conceptual, La articulación teoría práctica en la comunicación, realizada en la Universidad Autónoma del Caribe, en el programa de Comunicación Social de la Facultad de ciencias humanas y sociales.

³ Autor de los libros, "Comunicación empresarial: una mirada coportativa", "El comunicador corporativo, entre la teoría y la práctica", "La idea de Organización", "La articulación teoría-práctica en la comunicación". Estudios de doctorado en administración, Universidad EAFIT. Magíster en Ciencias de la Administración, Universidad EAFIT. Máster en Dirección de Empresas, EAE. Especialista en Gerencia. CEIPA. Comunicador Social Periodista, UPB. Es gerente de la firma Comunicación S.A. Es miembro del comité Científico de Organicom. Universidad Autónoma del Caribe, Decano de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas. Colombia. Correo: pablo.munera@comunicacion.com.co

⁴ Autor del libro "Un misionero de los trabajadores", Coautor del libro: "Pensar la comunicación". Artículos publicados: "Educación y transformación del sujeto", "Una mirada filogenética para la comprensión del humanismo". Estudios de Maestría en Ciencias de la Administración, Universidad EAFIT. Comunicador corporativo, Universidad de Medellín. Docente investigador de la Universidad de Medellín. Universidad Autónoma del Caribe. Profesor tiempo completo. Correo: dacastrillón@gmail.com Blogs: lineasostenibles.blogspot.com, lineasinsostenibles.blogspot.com

⁵ No volveremos sobre el hecho evidente de que es necesario matizar lo que denominamos trabajo, digamos simplemente, y de una vez, que se trata aquí del trabajo en tanto que expresión significativa de la existencia del hombre y no en tanto que labor dominada y explotada. (Aktouf, 2001: 140)

⁶ Utopía significa no lugar, y es una palabra que acuña Tomas Moro con el texto con el mismo título en el que describe la sociedad ideal.

⁷ Decimos precario por banal y la descontextualización cultural que hacen de lo esotérico. Por eso logra que los lectores confundan lo exotérico (1. adj. Común, accesible para el vulgo, en oposición a esotérico. 2. adj. Dicho de una cosa: Que es de fácil acceso para la mente) con lo esotérico (1. adj. Oculto, reservado. 2. adj. Dicho de una cosa: Que es impenetrable o de difícil acceso para la mente.) www.rae.es.

⁸ El PODC (Planeación, Organización, Dirección y Control) es una modificación formal de Mckensy al proceso administrativo propuesto por el francés Henri Fayol en *Administración industrial y general*

(1916), y compuesto inicialmente por cinco fases: Previsión, Organización, Mando, Coordinación y Control.

⁹ La etnología se diferencia de la etnografía básicamente en que la primera tiene un alcance principalmente interpretativo y la segunda uno descriptivo, lo cual no implica que la una sea más fácil de practicar que la otra o que sea más importante.

¹⁰ A diferencia de la angustia y la neurosis, en la que el sentido de realidad se mantiene pese a no ser muy claras las causas de los temores, en la psicosis se pierde el sentido de realidad.

¹¹ Un delirio es un término de la psicología que en términos simples se entiende como una idea que se encierra sobre sí misma y por tanto no parece tener relación con otras ideas. Por ello cuando decimos que alguien está delirando, por ejemplo al volver de una anestesia, es porque dice cosas que no tienen conexión unas con las otras y por tanto no le entendemos. Aunque en ese caso el delirio no es problema porque es propio del proceso médico de volver de la anestesia. Pero cuando no se está bajo efectos de medicamentos para tal propósito, el delirio es una enfermedad mental que denota también la pérdida de sentido de la realidad.